

# Intervención de Esteban González Pons

## Convención Nacional del Partido Popular

Valladolid, 01 de febrero de 2014

Los políticos tenemos la obligación de contar lo que hacemos, pero, también, es nuestro deber dar las gracias a las personas anónimas que ayudan, diariamente y casi sin saberlo, a que nuestro trabajo salga bien. A que todo vaya en la buena dirección. Hoy hablaré de la historia de éxito protagonizada por España desde 1978 y no quiero que parezca que me refiero a un éxito que nos atribuimos los políticos. Por eso, comienzo dando las gracias a los españoles, sin ellos, sin sus desvelos y esperanzas, nunca lograríamos nada. España es los españoles, antes que ninguna otra cosa.

Precisamente, la primera vez que nuestro partido se presentó a las elecciones, cuando muchos aún no habíais nacido y otros éramos jóvenes o niños, ya decía en sus carteles: *España, lo único importante*. Desde entonces han pasado casi cuarenta años. En ese tiempo, nos hemos refundado, hemos visto morir asesinados a muchos compañeros, hemos compartido mítines, reuniones y cenas de bocadillo, hemos recorrido miles de kilómetros para montar juntas locales o candidaturas, hemos ganado en tres ocasiones las generales y muchas veces todas las demás, también hemos perdido, en unos casos lo merecíamos y en otros, no. Pues bien, después de todo eso, si hoy nos preguntaran por la idea que hace que el Partido Popular siga siendo el Partido Popular, todos volveríamos a decir: que España es lo único importante.

Pasan las circunstancias, pasa la historia y pasamos los políticos, pero el espíritu que anima a ser del Partido Popular no puede cambiarse. Los valores permanecen, no son negociables. Y la razón de ser del Partido también permanece y más ahora que, sin el Partido Popular, no estaría garantizada ni la unidad de España ni la estabilidad de la Constitución. Los grandes partidos se forjan en grandes empeños colectivos, los partidos pequeños, en cambio, suelen quedarse en pequeños proyectos personales. Hemos cometido errores, entiendo lo que habéis sentido todos nuestros afiliados, y, por eso, con humildad hemos pedido perdón y tomado medidas. No volverá a ocurrir. Un partido es también el espejo en el que quieren mirarse sus votantes.

En estos años tan difíciles, en los que tomamos decisiones duras, los militantes habéis sido nuestra voz en la calle y, hasta el último de vosotros, ha dado la cara por el Partido y por las reformas que impulsamos. Por eso, hoy, digo que, gracias a nuestros 800.000 afiliados, el Partido Popular es un acierto de la democracia española. Sin vosotros, el centro no gobernaría jamás. Tenemos la enorme responsabilidad de mantenernos unidos. De no

consentir que nos dividan. De no anteponer ninguna ambición particular al trabajo de la gente que abre y cierra las sedes, cubre las mesas electorales y llega hasta el último rincón de España. Y de ser prudentes y generosos, porque, aquí, sólo las ideas y los militantes sois indispensables.

Pertenecemos a una nación de la que podemos sentirnos muy orgullosos. España ha protagonizado una de las mayores historias de éxito de las últimas décadas, pero da la impresión de que lo olvidamos con facilidad, o que muchos no lo quieren saber. Desde hace veintidós años, por ejemplo, somos líderes mundiales en donaciones y trasplantes de órganos. Los primeros de Europa en generación de energía eólica y, ahora, nuestras empresas se adelantan instalando molinos de viento en alta mar. La mitad de los aviones comerciales vuelan con tecnología española. En torno a una empresa nacional se ha organizado el mayor grupo de distribución de moda del mundo. Nuestra industria editorial ocupa la cuarta posición. Quinientos millones de personas hablan español, que es la tercera lengua más utilizada en Internet, y somos los segundos con más bienes inscritos en la lista de Patrimonio Cultural de la Humanidad. Podría seguir.

Los españoles, hoy, defendemos lo que está bien; nos sacrificamos por quienes necesitan ayuda sin importar si están muy lejos; promovemos el respeto a todas las formas de pensar, de rezar y de amar; compartimos mercado con nuestros vecinos; disfrutamos de sanidad, educación y pensiones universales; ya no dejamos que sólo inventen otros; nos afrenta cualquier descalificación por ideología, raza o sexo; y nos hemos reconciliado para construir un futuro común, desterrando el rencor entre nosotros. Hasta hemos ganado por fin un mundial de fútbol. Solíamos mirarnos en Europa para encontrar soluciones y ahora, a veces, Europa se mira en nosotros en busca de alternativas. Quién nos vio y quién nos ve, somos un pueblo serio, un pueblo a tener en cuenta.

Sin embargo, es verdad que aún falta mucho por pelear. En España todavía mueren más de cincuenta mujeres cada año víctimas de la violencia machista, dos de cada tres parados mayores de cuarenta y cinco llevan más de un año buscando sin éxito un nuevo empleo, casi un millón de jóvenes ni estudian ni trabajan y quedan setecientas mil personas que no saben leer ni escribir y, de ellas, el 70% son mujeres. Nadie duda que hemos avanzado en los últimos treinta y tantos años, pero eso no justifica que nos demos por satisfechos. En 1975 disponíamos de 800 kilómetros de autopistas y autovías y hoy tenemos más de 15.000, pero tantas carreteras no sirven de

nada si se cortan con nuevas fronteras. Nuestra esperanza de vida ha aumentado en más de diez años desde 1970 y es la más alta de Europa, pero ni siquiera una vida larga es deseable si no va acompañada de bienestar, salud y seguridad. Aunque hayamos conseguido grandes cosas, lo mejor para España está por llegar. Y depende de nosotros.

También nos hemos equivocado y, lo que es más importante, si no somos humildes para rectificar, si no somos críticos para aprender, si no somos flexibles para recomenzar tantas veces como haga falta, aún podemos equivocarnos mucho más. Estamos viviendo, al mismo tiempo, la mayor crisis económica desde la del petróleo y una crisis política como no recordamos desde la Transición. Por eso, esta es la hora del patriotismo sereno y constructivo. La hora de reformar sin miedo lo que no funcione. La hora de escucharnos y volver a conversar, sin prisas ni dogmas. La hora de plantearnos cómo queremos que sea nuestro país en el Siglo XXI. La hora de no discutir más sobre la España de ayer y empezar a imaginar la de mañana.

Vamos a superar la crisis económica, eso es seguro. Pero, no se trata sólo de eso. Después de corregir desequilibrios presupuestarios y sociales, de bajar impuestos y garantizar la sanidad, la educación y las pensiones, habrá que seguir construyendo un país mejor. Nuestro objetivo no puede ser sólo arreglar lo que estropearon los socialistas, también queremos, con el contador puesto a cero, impulsar la modernización de España. Debemos planificar nuestro 2020 y los años que vendrán después.

El mundo está cambiando a gran velocidad y, si queremos que nuestros hijos crezcan en una patria de ciudadanos libres e iguales, que tengan la oportunidad de aprender y prosperar, que se sepan defendidos y defiendan la dignidad de cada ser humano, que cobren lo mismo por el mismo trabajo sean hombres o mujeres, que no pasen su vida pagando nuestra deuda pública ni padezcan por el calentamiento climático, no podemos perder tiempo. Si queremos lo mejor para nuestros hijos, habrá que dejar de buscar excusas en el pasado para arruinarles el futuro. Tendremos que ser constructivos, optimistas y ambiciosos.

Recordad cómo estábamos hace sólo un año: dudas sobre la existencia del euro, posible rescate, prima de riesgo disparada, recesión, crecimiento negativo e incremento del desempleo. Hoy, doce meses después, ya nadie duda de la existencia del euro y volvemos a contar con la confianza de los

mercados internacionales. Hemos salido de la recesión y empiezan a vislumbrarse los primeros síntomas del cambio de ciclo. Esta transformación no ha sido gratis. Ni fácil, ni rápida. Ha sido dura, larga y compleja. Ha necesitado valor, convicción y coraje. El valor de un Gobierno, el de Mariano Rajoy, que afrontó la situación y tomó decisiones. Y, sobre todo, la convicción y el coraje de la sociedad española, de los 47 millones de españoles que, a pesar de los sacrificios y las dificultades, cada mañana salieron a ganarse el pan.

La pregunta, ahora, es: si fuimos capaces de hacerlo con la economía, ¿no vamos a ser capaces de rebajar nuestra prima de riesgo política? ¿No vamos a convencer a Artur Mas de que el crecimiento negativo también es destructivo en política? ¿Y a los nacionalistas vascos de que ETA no tiene rescate político posible?

Si hay algo que nos enseñan la historia y el sentido común es que sumar siempre es mejor que restar y arreglar siempre es mejor que romper. Que nada se deshace si no es reconociendo un fracaso. Por eso, no vamos a consentir que nadie desguace España. Nuestra generación no puede ser la que fracase. Los españoles ni sabemos ni queremos vivir sin poder ser también catalanes. Ni los catalanes sin su derecho a ser españoles y europeos.

Cataluña y España son la misma nación. No son dos realidades diferentes. No pueden confrontarse. Cataluña forma parte de España desde que España existe. Lo mismo que Galicia, Castilla, Andalucía, Extremadura o Navarra, por ejemplo. Lo mismo que el resto de territorios de la antigua Corona de Aragón. Cataluña nunca ha sido una nación independiente. Los catalanes son indivisibles del pueblo que aprobó la Constitución de 1978. No se les puede extraer sin disolver la democracia y el Estado de Derecho. La segregación catalana no conllevaría una división en dos países, Cataluña y España, sino una ruptura de España en dos mitades. Porque España sin Cataluña no es propiamente España, sino la porción, grande o pequeña, que queda de ella. Es imposible imaginar a los catalanes como extranjeros cuando realmente son hermanos.

El proceso que han puesto en marcha los nacionalistas en Cataluña no rompe con España, más bien rompe España. Por eso, en un hipotético referéndum deberían votar todos los españoles. Cataluña y las demás comunidades autónomas están unidas por lazos históricos, familiares,

culturales, sentimentales, mucho más fuertes que el resultado de una balanza fiscal en un momento dado. El 50% de la actual población catalana, por ejemplo, ha nacido, o son hijos de nacidos, en el resto del país. Sin España y Europa pierde Cataluña, pero, sin Cataluña, también pierden España y Europa. Como ha dicho Mariano Rajoy, mientras el Partido Popular pueda decidir algo, ni habrá referéndum contra la ley ni consentiremos que se deshaga España.

Alentar este conflicto, que está separando familias y haciendo daño, puede ser la típica estrategia de político profesional para Artur Mas. Con su trama independentista quizá consiga que nadie le pregunte por los más de ochocientos mil catalanes en paro, pero constituye una grave irresponsabilidad. Huir hacia delante con la cabeza de los demás como ariete es toda una declaración de impotencia. La pregunta para la que millones de catalanes quieren una respuesta no es “¿cuándo saldremos de Europa?”, sino “¿cuándo encontraré un empleo?”. Y “¿qué está haciendo el señor Mas al respecto?”. Nada, ya respondo yo, nada.

Mientras hablamos aquí, millones de personas están angustiadas porque el lunes seguirán sin trabajo y miles de jóvenes se esfuerzan por salir adelante donde quiera que se hayan tenido que ir. Unos y otros, y todos los demás, piensan que la política debería servir para que su país capitaneé el desarrollo tecnológico, apueste por la innovación y la formación, cree empresas nuevas, facilite el crédito a las que ya existen y, sobre todo, ofrezca puestos de trabajo de calidad. La política es la fuerza que transforma una esperanza en promesa y una promesa en oportunidad. Por eso, cuando privamos a los ciudadanos de políticos sensatos y cumplidores, cometemos una falta mucho peor que pecar de cinismo o defraudar la confianza de los votantes, privamos a la gente de representantes que velen por sus intereses. Dejamos indefensos a los que más defensa necesitan.

Nuestra principal tarea como demócratas debe ser combatir el descrédito de la política y los políticos. La corrupción, las mentiras, la insensibilidad, la crispación y la falta de autocrítica nos deslegitiman como interlocutores y sirven de coartada para la anti-política y el populismo. La democracia no es posible sin políticos y, si consentimos que los políticos desaparezcan o se degraden, vendrá otra cosa que no será democracia. Está en nuestra mano. Es obligatorio que recuperemos lo mejor de la política: el diálogo, la pasión por convencer, la negociación, el servicio público, el idealismo, la defensa de los más débiles, el saber escuchar, el saber servir, el saber cuando irse.

Estaría bien que nos pusiéramos de acuerdo, por ejemplo, en una reforma electoral para que, en las próximas elecciones municipales, gobierne la lista más votada. Dando estabilidad a los ayuntamientos, evitando mociones de censura escandalosas y que, a cambio de la concejalía de urbanismo, manden los menos votados. Demostraríamos que, de verdad, la voluntad de los ciudadanos está por encima de los intereses de partido.

El Gobierno de Mariano Rajoy ha impulsado nuestra primera Ley de Transparencia y también múltiples reformas para regenerar la vida pública y los partidos políticos. Además será necesaria una actitud más cercana de los políticos, profundizar en los valores constitucionales y una verdadera modernización de nuestro parlamentarismo.

Últimamente, parece que la opinión pública ha reducido nuestra Constitución a una mera garantía de la unidad de España, pero es mucho más. Muchísimo más. A la Constitución le debemos la democracia, el Estado de Derecho, la sociedad del bienestar y la autonomía de nacionalidades y regiones. A la Constitución le debemos los logros de nuestro progreso pero también la garantía de que el futuro será democrático, próspero y solidario. La Constitución no es sólo el texto que votaron nuestros padres, es el pacto bajo el que convivirán nuestros hijos. La Constitución es tratado que mantiene en paz a la nación más plural y antigua de Europa. La Constitución es lo mejor de la historia de España. Fuera de la Constitución no hay libertad, ni derechos ni ley, es así de sencillo.

Debemos iniciar, de una vez por todas, el proceso de actualización de nuestros parlamentos al siglo XXI. Para los que defendemos la democracia representativa como el menos malo de los sistemas políticos, es esencial contar con un parlamento que justifique esa confianza. No tiene sentido que, en los medios de comunicación cada mañana o en las redes sociales a todas horas, los debates sean más vivos y más actuales que en las cámaras parlamentarias.

La representación de los ciudadanos debe ser mucho más que sesiones rutinarias o parlamentarios apretando el botón de votar durante horas. Si la esencia de la democracia es el parlamento, deberíamos cuidarlo para que no se estropee la democracia. Estoy convencido de que hay que reformar los reglamentos para reforzar el papel de los parlamentarios. Por otra parte, cabe revisar el procedimiento legislativo y separar lo político de lo técnico,

permitir que los promotores de las iniciativas populares se dirijan a la cámara o agilizar trámites para que en los escaños se hable de lo que se habla en la calle. Sin parlamento no hay democracia y, por tanto, con un parlamento anticuado se tiene una democracia anticuada.

España es, también, lo que hemos sufrido por la libertad y contra el terrorismo. Demasiados españoles han dado su vida por la causa de la libertad para que no estemos a la altura de su sacrificio, para que esta pesadilla no termine con vencedores y vencidos, con héroes y asesinos.

ETA está vencida, pero aún no derrotada. No se ha disuelto, no ha entregado las armas, no ha pedido perdón y no ha ayudado a resolver los más de trescientos crímenes que aún falta esclarecer. En definitiva, ahora ETA no mata, pero ni se arrepiente ni termina de renunciar. En estas circunstancias sólo cabe seguir y no bajar la guardia. Si le hemos ganado, ha sido por el pacto anti terrorista y no por los que lo objetaban, por la Ley de Partidos y no por los que se opusieron, por la ilegalización de Batasuna y no por los que se escandalizaban, por el trabajo infatigable de jueces, fiscales, policías, guardias civiles y ertzainas, y no por quienes clamaban por la negociación. Así que ahora, que la banda aún no se ha retirado definitivamente, sería un error cambiar la ley por el amaño y la fuerza de la ley por la justificación.

Los mismos que esperaban recoger las nueces del árbol que golpeaba ETA, quieren ahora escribir una historia de paz basada en el olvido, en el disimulo de lo que pasó. Buscan que los terroristas puedan ganar por la propagandalo que no pudieron ganar con las bombas y las pistolas, con tantas vidas rotas. No lo vamos a consentir. No podríamos mirarnos a la cara si aceptásemos ese baile de disfraces que denigra a las víctimas y nos humilla a los demás.

Aquí no ha habido una guerra, sino una banda de asesinos y, por tanto, no cabe hablar de paz sino de cumplimiento de condenas. El Partido Popular y el Gobierno de Mariano Rajoy no van a aceptar ni consentir ningún proceso distinto de cumplir la ley y que paguen caro los criminales. El terrorismo acabará cuando todos los terroristas estén entre rejas sin haber logrado ninguno de sus objetivos. El dolor de las víctimas, sin embargo, no acabará nunca. Por eso, nadie nos las va a borrar nunca de la memoria. Punto final. La cárcel es el único punto final posible para ETA.



Nuestro Partido lleva más de treinta y cinco años defendiendo que España y los españoles son lo único importante. España, ese héroe quijotesco de la historia. Ese pueblo que nunca se rinde, que sale adelante hasta cuando no se le espera. Tenemos un país admirable y con futuro antes que pasado. Porque juntos somos más grandes. Juntos somos mejores. Juntos somos España. Porque ser español es una de las mejores cosas que te pueden pasar en la vida.